

ras que hacían sus muecas; y hasta los animales que iban al arca, de dos en dos, como un colegio que va de paseo: todos parecían atacados de una inmovilidad mágica, al ver un doble milagro: Dot pérfida, y Táckleton amado.



## III

## TERCER CHIRRIDO

**L**AS diez daban en el reloj holandés colocado en el rincón de la cocina, cuando se sentó junto al fuego el trajinante, tan turbado y abatido por la pena, que el cuco se amedrentó, según creo, porque, después de proferir a toda prisa sus gritos melodiosos para anunciar la hora, sumergiéndose de nuevo a escape en el palacio morisco, cerrando con estrépito tras de él la puerta, como si no tuviera valor para afrontar por más tiempo tan insólito espectáculo.

El mismo segador, aunque hubiera tenido la guadaña más cortante y hubiérala hundido a cada paso en el corazón del trajinero, nunca hubiese podido lastimarle, herirle tan cruelmente como Dot le había herido.



Era un corazón tan lleno de amor por ella, tan estrecha y sólidamente unido al suyo por innumerables vínculos de recuerdos gratos y poderosos, preciosos tejido cuyas cualidades, tan numerosas como atractivas trabajaban asiduamente todos los días para hacer más compacto; era un corazón en el que Dot, en cierto modo, habíase incrustado tan tierna y profundamente; corazón tan sencillo y verdadero, siempre tan recto, tan inocente, que al principio no pudo abrigar ni cólera ni idea de venganza, y no tuvo lugar más que para seguir guardando en él la imagen destrozada de su ídolo.

Pero, poco a poco, insensiblemente, a medida que el acarreador permanecía más tiempo absorto en sus reflexiones ante el hogar, triste y frío ahora, empezaron a nacer en su imaginación pensamientos más feroces, como furioso viento que se desencadena en medio de la noche. El forastero estaba bajo su deshonrado techo. Tres pasos podían conducir a John a su cuarto; un solo puñetazo bastaría para derribar la puerta. «Podría usted acogotar a un hombre, sin darse cuenta de ello», le había dicho Táckleton. No lo acogotaría, si diera al infame tiempo de luchar con él, cuerpo a cuerpo. ¿No tenía éste la ventaja de la juventud?

Era ese un pensamiento peligroso en las sombrías disposiciones de su espíritu. Era una idea de cólera, una tentación de venganza, que podría trocar su alegre casa en una de esas guaridas mal reputadas, ante las cuales el viajero teme pasar solo durante la noche, y en donde, a través las ventanas rotas, las imaginaciones tímidas verían luchar sombras cuando estuviera velada la luna, y oírían ruidos salvajes los días de tempestad.

¡Tenía la ventaja de la juventud! Sí, sí: era algún amante que había hallado el camino de un corazón que él, *John*, nunca había conmovido; algún amante elegido por ella en otro tiempo, en su juventud, en quien siempre había pensado, con quien soñaba durante el descanso, por quien ella languidecía y suspiraba, mientras él la creía tan feliz al lado suyo. ¡Oh cuán cruel angustia sólo el pensarlo!

Dot había subido al piso superior, para acostar al niño. En tanto que John se entregaba de ese modo a sus tristes reflexiones, solo, junto al fuego, vino Dot y se colocó a su lado sin que él lo notase siquiera (porque los dolores que padecía en su tortura habíanle hecho perder hasta la percepción de los sentidos) y puso su taburetito a sus pies. John no se enteró hasta que sintió po-



sarse en la suya la mano de Dot y que la vió mirarle de frente.

¿Con extrañeza? No. Esto fué lo que le sorprendió primero, y tuvo que seguir mirándola para convencerse de que era verdad. No, con extrañeza no; con mirada curiosa y escrutadora, pero sin el menor asombro; mirada inquieta, seria, que dejó paso a una sonrisa rara, salvaje, horrorosa, como si adivinase ella sus pensamientos; luego, nada más, a no ser que ella se llevó las manos cruzadas a la frente, con los cabellos caídos.

Aunque John hubiera dispuesto de la omnipotencia de Dios, no creáis que hubiese hecho caer sobre Dot el peso de una pluma; tenía en el corazón demasiada misericordia, otro atributo de Dios. Por esta razón no pudo sufrir el verla desfallecida así en el pequeño asiento en que, con amor y orgullo, solía contemplarla, tan inocente, tan contenta; y cuando ella se levantó y se fué sollozando, sintióse John, al ver su puesto vacío al lado suyo, más aliviado que si Dot continuara llenándolo con su presencia, antes tan querida para su corazón. Esa presencia era ahora para él la más punzante de todas las angustias, porque le recordaba el abismo de desconsuelo en que acababa de caer, y cómo acababa de deshacerse para siem-

pre el lazo supremo que le unía a la vida.

Cuanto más pensaba, tanto más sentía que hubiera preferido verla herida a sus ojos por una muerte temprana, con su hijito en los brazos, y tanto más redoblaba también la violencia de la ira contra su enemigo.

Colgada de la pared había una escopeta. Descolgóla John, y dió uno o dos pasos hacia la puerta de la habitación del pérfido forastero. Sabía que estaba cargada la escopeta: apoderóse de su imaginación la idea vaga de que tenía derecho a matar a aquel hombre, como a una fiera, y esa idea le invadió por completo, cual demonio tentador, desterrando de él todo pensamiento de clemencia y de perdón.

No, no es eso lo que yo quería decir. Aquella idea no arrojó de su corazón todo pensamiento de perdón y de clemencia, sino que lo transformó con arte infernal y lo convirtió en aguijón que le estimulaba aún más, trocando el agua en sangre, el amor en odio, en ciega ferocidad la ternura. La imagen de Dot desconsolada, humillada, pero invocando todavía su piedad y su cariño con poder irresistible, no salía de su mente; mas la misma vista de esa imagen le empujaba a la puerta, le alzaba el arma a la altura del hombro, adaptaba el



dado al gatillo y lo aseguraba, y gritábale: «¡Mátalo! ¡En la cama!»

Invirtió la escopeta, para derribar la puerta a culatazos.

Ya tenía el arma levantada; sentía una voz pronta a escapársele de los labios para gritar a su víctima: «Huye, en nombre del cielo! ¡Escápate por la ventana!»; cuando, de pronto, el fuego, que hasta entonces ardía lenta y embozadamente, iluminó la chimenea con una oleada de luz esplendorosa, y el grillo del hogar empezó de nuevo su crri, crri.

Ninguno de cuantos sonidos hubiera podido oír, ninguna voz humana, ni aun la suya, la de Dot, hubiera conmovida y calmado de manera más eficaz al pobre John. Las palabras impregnadas de franqueza con que Dot le había hablado de aquel pequeño favorito resonaban aun vibrantes en sus oídos; volvía a verla con su acento de franqueza y de dulzura, con el ligero temblor de todo su ser, la voz dulce (¡oh! ¡qué voz! o, más bien ¡qué música doméstica para seducir al lado del fuego a un hombre honrado!); todo esto venía a reanimar sus pensamientos, a calentarlos, a devolverles el movimiento y la vida.

Retrocedió de cerca de la puerta, como un sonámbulo despierto en medio de horroroso sueño, y dejó a un lado la

escopeta. Entonces, tapándose con entrambas manos la cara, sentóse otra vez junto al fuego, y halló alivio en el llanto.

Acercóse por el cuarto el grillo del hogar, y fué a colocarse ante él, en forma de hada.

—Le quiero—dijo la voz fantástica, repitiendo las palabras que John recordaba muy bien;—le quiero, por todos los buenos pensamientos que ha engendrado en mí su inocente música, siempre que he podido oirla.

—¡Son sus propias palabras!—exclamó el trajinero.—¡Eso es!

—Me has hecho muy feliz esta casa, y por esto quiero al grillo.

—Sí, muy feliz ha sido esta casa. ¡Dios lo sabe!—repitió el trajinante.—Ella es quien la ha hecho siempre feliz, siempre... hasta ahora.

—¡Tan graciosa, de tan amable humor; tan enteramente ocupada en su hogar, tan alegre, con el corazón tan tranquilo!—dijo la voz.

—No siendo así, ¿la hubiera yo amado como la amaba?—exclamó el acarreador.

—Di: ¡cómo la amo!—repitió la voz.

—Como la amaba—repitió el trajinero; pero ya no era tan firme su acento; la lengua, poco segura, resistía a su voluntad y quería hablar a su manera, por sí misma y por él.



La aparición levantó la mano, en actitud solemne, y dijo:

—Por tu hogar...

—El hogar que ella ha deshonrado— interrumpió John.

—¡El hogar que ha bendecido e iluminado... tantas veces!—dijo el grillo;—el hogar que, a no ser por ella, no era más que un conjunto de piedras y ladrillos con barrotos de hierro roñosos, pero que, gracias a ella, ha sido tu altar doméstico, el ara en la cual has sacrificado cada noche alguna mala pasioncilla, algún egoísmo, alguna pena, para depositar en ella la ofrenda de un espíritu tranquilo, de una naturaleza confiada y de un corazón generoso, de modo que el humo que salía de tu chimenea ha subido hacia el cielo con perfume más delicado que el más rico incienso que se quema ante los más ricos relicarios, en todos los magníficos templos del mundo. ¡Por tu hogar, por su apacible santuario, rodeado de cuantas dulces influencias te recuerda, escúchala! ¡escúchamel, pues todo aquí te habla de tu hogar, de tu hogar doméstico.

—¿Y crees que habla en su favor?— preguntó John.

—¡Sí, todo cuanto habla en el lenguaje de tu casa y de tu hogar ha de hablarte en favor suyo!—respondió el

grillo;—que ese lenguaje no puede mentir.

Y en tanto que el trajinero, con la cabeza apoyada en ambas manos, continuaba pensando, sentado en la silla, la imagen de Dot, presente en persona, estaba a su lado, sugiriéndole los pensamientos, por efecto de su poder sobrenatural y poniéndoselos ante los ojos, como en un espejo o en un cuadro.

Y no estaba sola la imagen presente. De la piedra del hogar, de la chimenea, del reloj, de la pipa, del perol y de la cuna; del suelo, de las paredes, de la escalera y del techo; del carruaje, que estaba fuera, y del aparador, que estaba dentro, de todos los enseres de la casa; de cada objeto, de cada lugar de los que siempre fueron familiares a Dot, y a los cuales se adhería en la imaginación del infortunado marido un recuerdo de ella, salían hadas en tropel, no para permanecer inmóviles junto a John, como hiciera antes el grillo, sino para ocuparse y agitarse en todas direcciones; para rendir toda clase de honores a la *imagen*, para tirarle del faldón del vestido y enseñársela con el dedo cuando aparecía; para agruparse en torno de ella, enlazarla en sus brazos y arrojar flores a su paso; para intentar coronarle con sus manitas la bella cabeza; para probarle que la ama-



ban tiernamente y que no había una sola criatura fea, mala y acusadora que pudiera vanagloriarse de conocerla... Ellas, sólo ellas, sus compañeras fieles y juguetonas sabía cuanto valía.

Las ideas de John seguían constantemente a la imagen, que continuaba allí.

Sentada ante el fuego, trabajaba con la aguja, canturreando sola. ¡Qué criatura tan jovial, activa y paciente, era Dot! Todas las caras de las hadas volviéronse a una hacia ella, y concentrando en ella la mirada, parecían decir, muy orgullosas de su ídolo: «¿Y es esta la mujer ligera a quien acusas?»

Afuera, oíanse alegres sonidos de instrumentos musicales, voces ruidosas y sonoras carcajadas. Precipitóse en la casa una cuadrilla de jóvenes que se divertían; entre ellas estaba May Fielding, con otras veinte tan lindas como ella; Dot era la más bella de todas, y más joven que ninguna. Venían a invitarla a tomar parte en su fiesta; se trataba de ir a bailar. Si algunos pies fueron hechos para el baile, eran seguramente los suyos. Pero Dot soltó el trapo a reír, movió la cabeza y enseñóles su cena en el fuego y la mesa ya puesta, con una cara de satisfacción poco envidiosa de sus diversiones, que la hacía más encantadora aún. Despidiólas, pues, alegremente, saludando

con la cabeza a uno tras otro, a medida que salían, a sus presuntos bailarines, con cómica indiferencia; después de esto, los bellos galanes no tenían más remedio que arrojarse desesperados al agua; y, sin embargo, no pecaba ella de indiferencia, no; porque, en aquel momento, presentóse en la puerta cierto trajinero y ¡sabe Dios cuán buen recibimiento le hizo ella!

Volviéronse a él todas las hadas a la vez, como si le dijeran: «¿Y es ésta la mujer que te ha abandonado?»

Una sombra cruzó por el espejo o por el cuadro, como queráis llamarlo. La gran sombra del forastero, tal como apareció por primera vez bajo su techo, cubría toda la superficie del espejo, eclipsando a todos los demás objetos. Pero las ágiles hadas laboraron cual abejas diligentes para desvanecerla, y de nuevo reapareció Dot, esplendorosa y bella.

Arrullaba al niño; cantábale tiernamente una canción, con la cabeza de éste en un hombro, cuyo contraste se veía en el pensativo rostro que estaba junto al grillo-hada.

La noche seguía su carrera, me refiero a la noche real, y no a la que se regula por los relojes de las hadas. En aquella fase de las ideas del trajinero, apareció en el cielo la luna, brillante de



claridad. Acaso alzárase también en su espíritu alguna luz tranquila y sossegada, y pudiera reflexionar John con más sangre fría en lo sucedido.

Aunque la sombra del forastero pasase a intervalos por el espejo, siempre precisa, clara y perfectamente definida, no parecía ya tan sombría como al principio. Todas cuantas veces se presentaba, proferían las hadas un grito general de consternación y, con inconcebible actividad, borrábanla con sus piernecitas y bracitos. Luego, cuando bajo ella volvían a encontrar la de Dot, y se la hacían ver, una vez más, brillante y bella, manifestaban del modo más comunicativo su alegría.

Nunca la presentaban sino bella y brillante, pues eran de esos genios domésticos para quienes la mentira es la nada: por esto Dot no podía ser para ellas más que una criaturita activa, radiante, llena de encantos, que había sido la luz y el sol de la casa del trajinero.

Las hadas duplicaron su ardor al mostrarla con el nene, hablando en medio de un grupo de viejas y sabias matronas, afectando ella a su vez modales de matrona sabia y vieja, apoyándose con aspecto pausado, grave y digno de anciana, en el brazo de su marido, intentando (¡ella, flor apenas abierta de

mujercita!) convencerle de que había abjurado las vanidades del mundo en general, y pertenecía a esa clase de mujeres maduras para las cuales no es la maternidad cosa nueva; no obstante, en el mismo momento, mostrábanla otra vez riéndose de la torpeza del trajinero, subiéndole el cuello de la camisa para convertirlo en lechuguino, y arrastrándole alegremente, con cara risueña, a todo alrededor del cuarto, para enseñarle a bailar.

Volvíanse más que nunca hacia él y le miraban con ojos enormes, desmesuradamente abiertos, cuando se la enseñaban al lado de la ciegucecita; puesto que, si bien llevaba consigo a todas partes su animación y su alegría naturales, donde especialmente la hacía desbordar era en la morada de Caleb Plummer. El cariño que le tenía la joven, la absoluta confianza en ella, el modo delicado con que sabía rechazar el agradecimiento de Berta, sus argucias para aprovechar cada momento de su visita haciendo algo útil en la casa, tomándose en realidad mucho trabajo, so pretexto de tener un día de recreo; su previsión generosa respecto a las golosinas de rúbrica, el pastel de jamón y ternera y las botellas de cerveza; su cara gozosa cuando llegaba a la puerta y cuando se despedía; la maravillosa



convicción esparcida por toda su persona, desde la cabeza a los pies, de que sentía la importancia de su papel en la fiesta por ella fundada; la persuasión de que era necesaria, indispensable, causaba la alegría de las hadas y aumentaba el amor de éstas para ella. Por eso miraron una vez más al trajinero, llamándole todas juntas y pareciendo decirle, en tanto que algunas de ellas iban a acurrucarse en los pliegues de su vestido para acariciarla más de cerca: «¿Y es ésta la mujer que ha hecho traición a tu confianza?»

Más de una vez, y de dos y de tres, en el transcurso de los sueños de aquella larga noche, enseñáronse la sentada en su asiento predilecto, con la cabeza inclinada adelante, cruzadas las manos en la frente y los cabellos sueltos, como él la había visto la última vez. Y cuando la hallaban así, no se volvían ya hacia él, no le miraban más, sino que se apresuraban e ingeniaban para dar a ella muestras de su ternura y simpatía, olvidando por completo a su marido.

Así transcurrió la noche. La luna descendía en el horizonte; las estrellas palidecieron; los primeros albores del día perforaron las tinieblas; sintióse el frescor de la mañana: el sol salió. John se hallaba aún sentado muy pensativo, al lado de la chimenea; volvía a encon-

trarse en la misma posición que adoptara la víspera por la noche, con la cabeza entre las manos. Toda la noche escuchó John el crri, crri que salía del hogar; toda la noche escuchó John su voz; toda la noche estuvieron ocupadas en torno suyo las hadas domésticas; toda la noche estuvo amable Dot y sin el menor reproche, en el espejo de las hadas, excepto en los momentos en que llegaba a pasar cierta sombra.

John se levantó cuando ya era del todo de día, lavóse y se vistió. No podía marchar a sus alegres ocupaciones de la mañana, no tenía ánimo para ello; mas no importaba: como era el día de la boda de Táckleton, habíase arreglado para que lo reemplazasen en sus viajes. Se había propuesto primero ir alegremente con Dot a la iglesia; pero ya no había que pensar en ello. Era también el aniversario de sus bodas. ¡Quién le hubiera dicho que semejante año había de tener tal fin!

El trajinero esperaba una visita matutina de Táckleton; no se engañaba. Apenas hubo empezado a pasearse arriba y abajo por delante de su puerta, cuando divisó a lo largo de la carretera el carricoche del vendedor de juguetes. A medida que se iba acercando, John pudo ver que Táckleton estaba ya vestido para la boda, y que había enjae-



zado con flores y cintas la cabeza del caballo.

Más parecía un novio el caballo que el amo, cuyos ojos, medio cerrados, tenían expresión más desagradable que nunca. Pero el trajinero no lo notó. Tenía otra cosa en la mente.

—¡John Peerybingle!—dijo Táckleton, con tono de pésame,—¿cómo se encuentra usted ahora?

—No he pasado buena noche, maese Táckleton—respondió el acarreador sacudiendo la cabeza;—tenía turbado el espíritu. ¡Pero ahora ya pasó! ¿Puede usted concederme algo así como media hora de conversación particular?

—He venido exprofeso—dijo Táckleton, apeándose del carruaje.—No se cuide del caballo. Quedará bastante quieto con la brida atada a este poste, si quiere usted darle un puñado de hierba.

El trajinante fué a buscarla a la cuadra y la puso delante del caballo; luego, él y Táckleton entraron en la casa.

—Supongo que no se casará usted antes de las doce...—dijo John.

—No—respondió Táckleton.—¡Tengo tiempo de sobra! ¡Tengo tiempo!

En el momento en que entraban en la cocina, llamaba Tilly Slowboy a la puerta del forastero, que estaba muy cerca de allí. Uno de sus ojos colorados (pues Tilly había llorado casi toda la

noche, porque su ama lloraba), lo tenía aplicado contra el de la cerradura; llamaba a golpes redoblados y parecía asustada.

—¡Habrás visto!—dijo Tilly, mirando en torno suyo.—¡Nada, que no consigo que me oiga nadie! Es de esperar que ninguno haya partido para el otro mundo.

Y, formulando ese filantrópico deseo, redobló con más fuerza los puñetazos y patadas contra la puerta, pero sin obtener ningún resultado.

—¿Quiere usted que vaya a ver?—preguntó Táckleton.—Es raro.

El trajinero, que había desviado de la puerta el rostro, le dijo por señas que podía ir si quería.

Táckleton fué, pues, en auxilio de Tilly. Dió también varios puntapiés y puñadas, y tampoco obtuvo la menor respuesta. Pero ocurriósele la idea de asir el picaporte y, después de darle vuelta sin trabajo, asomó la cabeza por la puerta entreabierta, miró dentro del cuarto, penetró en él, y al punto volvió corriendo.

—John Peerybingle—dijole al oído,—supongo que ahí no habrá habido nada, nada de violencias, esta noche.

El trajinero volvióse rápidamente hacia Táckleton.

—¡Es que se ha marchado!—dijo éste;



—y la ventana está abierta. No veo huella alguna... Verdad es que la habitación se halla casi al mismo nivel que el jardín... pero he temido que... alguna pelea... ¿eh?...

Cerró casi por completo su ojo expresivo clavado en John con obstinada persistencia, y obligóle, lo mismo que al rostro y a toda su persona, a hacer una contorsión extraña. Creyérase que quería arrancarle la verdad, del mismo modo que se destapa una botella de vino de Champaña.

—Tranquílcese—dijo el trajinante.— Entró anoche en este cuarto sin que experimentase el menor daño ni la más leve injuria por mi parte, y nadie ha entrado luego. Se ha ido por su propia voluntad, y yo mismo saldría gustoso de esta casa, para ir a mendigar de puerta en puerta, el resto de mis días, si a ese precio pudiera hacer que nunca hubiese entrado en ella. Pero ha venido y se ha marchado. Es asunto concluido.

—¡Oh! ¡oh! ¡Pues bien! Puede vanagloriarse de haber salido bien librado—dijo Táckleton, tomando una silla.

Su risa burlona no fué oída de John, que tomó asiento, a su vez, y se tapó un instante la cara con las manos, antes de continuar. Al fin, dijo:

—Anoche me enseñó usted a mi

mujer, a quien amo, aunque secretamente...

—Y tiernamente—insinuó Táckleton.

—Ayudaba a ese hombre a disfrazarse, y le había facilitado la ocasión de una entrevista a solas. Esto es lo que más pena podía producirme de todo cuanto pudiera ver, y lo que más me enfadó es que fuese usted quien me lo hiciera ver.

—Confieso que siempre he tenido mis sospechas—dijo Táckleton,—y por eso se me ha mirado siempre con malos ojos aquí, ya lo sé.

—Pero como es usted quien me lo ha hecho ver—prosiguió el trajinero, sin prestar atención a sus palabras—y como usted la ha visto... ha visto a mi mujer, a quien yo amo...

Su voz, su mirada y sus ademanes cobraron un tono más firme y seguro a medida que pronunciaba esas palabras, prueba evidente de que tenía un objeto determinado...

—Como usted la ha visto—continuó— en una circunstancia muy enfadosa para ella, es de toda justicia que la vea usted también con mis ojos, y que penetre usted en mi corazón para leer en él mis intenciones a este respecto. Porque mi decisión está tomada—dijo el trajinero mirándole atentamente,—y ahora, nada podrá destruir mi resolución.



Táckleton murmuró en términos generales algunas palabras de aprobación sobre la necesidad en que se hallaba de ejercer una venganza cualquiera; pero la actitud de su interlocutor le impuso. Por sencilla y ruda que fuese, tenía cierta nobleza y una dignidad sobrenatural que sólo podían proceder de un fondo de generosidad y honor bien arraigados en su alma.

—Soy un sér sencillo y tosco — prosiguió John; —no tengo gran cosa para mí. No soy hombre de ingenio, como usted sabe de sobra; no soy joven; yo amaba a Dot, porque la he visto crecer desde su infancia en casa de su padre; porque sabía yo cuanto ella valía; porque Dot ha sido mi vida desde hace años. Hay muchos hombres con quienes no puedo compararme; pero creo que éstos no hubieran amado a Dot tanto como yo.

Detúvose y golpeó ligeramente el suelo con el pie, durante un momento. Luego, prosiguió:

—Con frecuencia he pensado que aunque no fuera yo hecho para ella, podría ser buen marido y apreciar, tal vez mejor que cualquier otro, todo lo que ella vale; y a esto se debe que yo llegara a creer que no era muy desrazonada nuestra boda. Y, en efecto, nos casamos.

—¡Ah!—exclamó Táckleton, con un movimiento de cabeza significativo.

—Me he estudiado a mí mismo, me he puesto a prueba; yo sabía cuánto la amaba y qué feliz iba a ser—añadió el trajinero.—Pero no reflexioné (hoy me percato de ello) en las consecuencias que de ahí resultarían para ella.

—¡Naturalmente! —dijo Táckleton.— ¡El aturdimiento, la frivolidad, la ligereza, el deseo de agradar! ¡No ha reflexionado usted! ¡Perdió de vista todo eso... ¡Ah!...

—Mejor haría usted en no interrumpirme—repuso John con cierto mal humor—hasta que acabe de comprenderme, de lo cual dista usted mucho. ¡Ayer hubiera yo muerto de un puñetazo al hombre que se hubiese permitido decir una sola palabra contra ella; hoy aplastaría el rostro a ese hombre, así fuera mi hermano!

El comerciante de juguetes le miró extrañado. John continuó en tono más amable:

—¿Había yo pensado—dijo—que, a su edad y con su belleza, quitaba a sus jóvenes compañeras, a las diferentes escenas de que ella era adorno, la más resplandeciente estrella del firmamento, para encerrarla por siempre en mi triste mansión y encadenarla a mi fastidiosa compañía? ¿Pensé cuán poco ade-



cuado era yo para su viveza, y cuán penosa ha de ser mi lenta concepción, para un espíritu pronto como el suyo? ¿Reflexioné, acaso, que no era en mí ningún mérito ni título amarla, cuando todos los que la conocían veíanse obligados a otro tanto? ¡No, nunca! Aproveché su carácter jovial, confiando en lo porvenir, y me casé con ella; ¡ojalá no lo hubiera hecho nunca! ¡Por ella ¡gran Dios! no por mí!

Miróle sin pestañear el vendedor de juguetes; y hasta se le abrió del todo el ojo medio cerrado.

—¡Dios la bendiga—añadió John—por la generosa constancia con que ha intentado apartar de mí tan triste descubrimiento! ¡Y perdóneme el cielo no haber comprendido antes la cosa con mi escasa inteligencia! ¡Pobre niña! ¡Pobre Dot! ¡Y no haberlo adivinado, yo, que le he visto los ojos preñados de lágrimas cuando se hablaba de matrimonios análogos al nuestro! ¡Yo, que cien veces he visto errar por sus labios temblorosos el secreto, sin jamás sospechar su existencia, hasta la noche pasada! ¡Pobre joven! ¡Haber podido suponer que me amaría! ¡haber llegado a creer que, en efecto, me amaba!

—Es que lo fingía muy bien ella—dijo Táckleton, — y tanto, que, hablando francamente, le diré que eso es lo que

originó mis sospechas e hizo resaltar la superioridad de May Fielding, a quien seguramente no podría tildarse de fingir estar enamorada de *él*.

—Es que ella lo intentaba—dijo el pobre John, con mayor emoción de la que hasta entonces había dejado ver;—ahora es cuando empiezo a saber lo mucho que ha debido de costarle procurar ser esposa fiel y cariñosa. ¡Cuán buena ha sido! ¡Cuánto ha hecho por mí! ¡qué corazón tan enérgico y valiente! ¡Pongo por testigo la felicidad que bajo este techo he saboreado! Siempre me servirá esto de consuelo y alivio, cuando me quede solo aquí.

—¿Solo aquí?—dijo Táckleton.—¿Luego piensa usted continuar ese incidente?

—Pienso—respondió el trajinante—darle la mayor prueba de cariño y la más completa reparación que en mi mano estén. Puedo librarla de un padecimiento continuo: el padecimiento que resulta de una boda desproporcionada y de los esfuerzos por ella realizados para ocultármelo. Quedará todo lo libre que de mí dependa.

—¡Darle una reparación! ¡A ella!—exclamó Táckleton dando vueltas entre los dedos a sus grandes orejas.—Debe de haber algún error aquí. Habré oído mal.

John agarró al comerciante de jugue-



tes por el cuello y le sacudió como una caña.

—¡Escúchemel—le dijo—y procure entenderme bien. Escuche. ¿No hablo claramente por ventura?

—Al contrario, muy claramente.

—¿Como hombre muy decidido?

—Sí, sí, no hay duda, como hombre muy decidido.

—He pasado toda la noche sentado ante el fuego—dijo el trajinante,—en el sitio en que tan a menudo ha permanecido ella sentada a mi lado, mirándome con su dulce rostro. He pasado revista a toda su vida, día por día; he vuelto a ver su imagen querida presentarse a mis ojos en todas las posiciones de su vida. ¡En mi alma, Dot es inocente, tan cierto como hay un Dios para juzgar al inocente y al culpable!

¡Oh buen grillo del hogar! ¡Oh fieles hadas domésticas!

—Me han abandonado la desconfianza y la cólera—prosiguió John.—No me queda más que la pena. En un momento de desdicha, habrá vuelto algún antiguo amante, más en armonía que yo con sus gustos y su edad, abandonado tal vez contra su voluntad. En un momento de infortunio, cogida de improviso, sin tiempo para reflexionar en lo que hacía, se ha hecho ella misma cómplice de su traición, por una cita clandestina. Lo

ha visto la noche pasada, en la conversacion de que hemos sido testigos. Ha procedido mal; pero, fuera de esto, es inocente. o ya no hay honor en la tierra.

—Si es esa su opinion...—empezó a decir Táckleton.

—Por consiguiente, ¡que se vaya!—prosiguió el trajinero.—Que se vaya con mi bendición por todas las horas de felicidad que me ha proporcionado, y con mi perdón por las angustias de que ella ha sido para mí la causa. ¡Que se vaya con la paz del corazón que le deseo! No me odiará nunca, al contrario, aprenderá a amarme más cuando deje yo de llevarla a remolque de mi destino. Entonces arrastrará más ligeramente la cadena que con tanta desgracia he remachado para ella. Hoy es el día en que la saqué del hogar paterno, sin cuidarme de saber si ella sería feliz. Hoy es cuando volverá, y no la importunaré más. Su padre y su madre estarán aquí dentro de un rato. Habíamos formado un pequeño plan para pasar juntos el día de hoy; se la llevarán consigo. Puedo fiarme de ella allí, y en todas partes. ¡Si yo muriese (puedo morir cuando ella sea joven aún; noto que he perdido fuerzas en pocas horas), vería que me he acordado de ella, y que la he amado hasta el último día! He ahí la consecuencia de lo que usted



me ha hecho ver. ¡Ahora, todo está acabado!

—¡Oh! ¡no, John! ¡No ha acabado todo! No digas aún que se ha concluido. No del todo aún. He oído tus nobles palabras; no quiero irme sin decirte que es profundo mi agradecimiento. No digas que se ha acabado, antes de que vuelva a sonar el reloj.

Dot, que entró poco después de Táckleton, había permanecido allí. Ni tan siquiera había mirado a Táckleton, sino que se quedó aparte, con los ojos clavados en su esposo, dejando entre ella y él la mayor distancia posible. Y aunque Dot hablaba con la más apasionada animación, no se acercó a él. ¡Cuán diferente era en esto de sí misma, de la Dot de antes!...

—Por desgracia, no hay reloj que pueda ya dar por segunda vez para mí las horas que han pasado—replicó con ligera sonrisa el trajinero.—Pero, puesto que tú lo deseas, querida mía, accedo gustoso. Pronto dará la hora. No tendremos, pues, para mucho tiempo. Cosas mucho más difíciles que esa, hiciera yo de buen grado por complacerte.

—Muy bien—murmuró Táckleton.—Tengo que irme; porque, cuando dé la hora, he de estar ya camino de la iglesia. Adiós, John Peerybingle. Siento tenerme que privar del gusto de que-

darme con usted; primero, por gozar de su compañía y, después por la actual circunstancia.

—¿He hablado claramente?—dijo John acompañándole a la puerta.

—¡Oh! clarísimamente.

—¿Se acordará usted de lo que he dicho?

—Sí, y si me obliga usted a expresarlo—respondió Táckleton, no sin tomar previamente la prudente precaución de empezar por subir al carruaje—debo decirle que ha sido para mí cosa tan inesperada, que no es muy probable que lo olvide.

—¡Tanto mejor para los dos!—exclamó John.—Adiós. ¡Que se divierta!

—Quisiera poder desear a usted lo mismo—dijo Táckleton.—Pero, como la cosa no es posible, me limito a darle las gracias por lo que a mí se refiere. Ahora, aquí, entre nosotros (creo habérselo insinuado ya), le diré que no creo tener menos alegría en mi vida conyugal, porque May no habrá sido nunca excesivamente cariñosa ni demostrativa conmigo. Adiós. ¡Cúdense bien!

Siguió John con la vista hasta que la distancia le hizo parecer lo bastante pequeño para perderse entre la flores y cintas del caballo. Entonces, dejando escapar un profundo suspiro, fuése a discurrir, como alma en pena, a la som-



bra de unos olmos de la vecindad, no queriendo entrar en su casa hasta que el reloj estuviera a punto de dar la hora.

Su mujercita, que se quedó sola, sollozaba a más no poder; pero enjugábase a menudo los ojos y detenía el curso de sus lágrimas para decirse: «¡Dios mío! ¡qué bueno es! ¡qué excelente!» Luego, rióse una o dos veces, de tan buena gana, con tal aspecto de triunfo y en forma tan incoherente (pues no dejaba de llorar al mismo tiempo), que Tilly se asustó, y dijo:

—¡Vaya! ¡vaya! ¡no haga usted eso, por favor! ¡Habría para matar y enterrar al niño! ¡Por favor!

—¿Lo traerá usted alguna vez a su padre, Tilly, cuando yo no pueda habitar ya aquí y haya vuelto a mi antigua casa?—le preguntó el ama, secándose los ojos.

—¡Oh! ¡No haga usted semejante cosa, por favor! —exclamó Tilly, echando atrás la cabeza y profiriendo un alarido atroz, como Boxer:—¡Vaya! ¡No haga tal cosa, por favor! ¡Oh! ¿Pero qué es lo que todo el mundo ha hecho a todo el mundo, para volver tan desgraciado a todo el mundo? ¡Oh!...

La sensible miss Slowboy iba a dejar estallar un gruñido tan terrible, a juzgar por los esfuerzos por ella efectuados

para ahogarlo por más tiempo, que el niño se hubiera despertado infaliblemente y hubiese sentido un terror acompañado de consecuencias muy enfadas (convulsiones probablemente), si sus ojos no hubieran visto a Caleb Plummer, que entraba con su hija. Como el verlos le recordase las conveniencias sociales, quedó en silencio unos minutos, con la boca abierta; luego, corriendo a galope al lecho en que dormía el niño, empezó a bailar una danza infernal, o baile de San Vito, al tiempo que metía rostro y cabeza entre las sábanas, hallando sin duda mucho alivio a sus penas en tan extraordinarios ejercicios.

—¡Cómo!—dijo Berta.—¿No van ustedes a la boda?

—Ya le he dicho, señora, que no asistirían ustedes—dijo Caleb en voz baja. —Bastante he oído hablar de usted anoche. Pero, Dios la bendiga—añadió el hombrecillo, estrechándole cariñosamente ambas manos;—no seré yo quien los crea. No valgo gran cosa; pero lo poco que hay en mí de valor, se dejaría hacer añicos antes que creer una sola palabra contra usted.

Pasóle los brazos alrededor del cuello y la estrechó un momento, como una niña estrecha entre sus brazos una muñeca.